

**Timothy Snyder, Sobre la tiranía, Veinte lecciones que aprender del siglo XX.**  
**Galaxia Gutenberg, 2017**

Nos parece que ya lo hemos leído todo, que ya lo hemos visto todo, pero este libro es una sorpresa.

Timothy Snyder nos presenta un libro sobre didáctica de la acción política para ciudadanos conscientes de que la democracia está en crisis profunda. En su primer libro traducido al español, *Tierras de sangre*, también en Galaxia Gutenberg, nos describía el horror que supuso el asesinato de catorce millones de ciudadanos europeos en solo doce años, desde 1933 a 1945, a manos de los regímenes dictatoriales de Hitler y de Stalin. Ahora nos sorprende con este, *Sobre la tiranía*, en el que haciendo un paralelismo de esos regímenes del horror y cómo fueron posibles, sin que nadie se diese cuenta, nos propone una fórmula para enfrentarnos a las tiranías que se nos vienen encima. Parece una profecía de lo que nos espera después de los imperios emergentes, los partidos políticos populistas, y los nacionalismos excluyentes. Los inicios de los regímenes de terror, de la mano de un historiador experto, nos sonarán de manera alarmante a lo que estamos viendo cada día a través de la prensa. Este libro es una voz de alarma, de toma de conciencia, y de propuestas de acción que no puede dejarnos indiferentes.

*Somos todos prisioneros de la obediencia anticipatoria:*

Este es un concepto potente que explica muchas actitudes difíciles de entender de las masas respecto a los liderazgos de todo estilo: “La *obediencia anticipatoria* es una tragedia política. Puede que, en un primer momento, los gobernantes no supieran que los ciudadanos estaban dispuestos a transigir con este valor o con aquel principio. Tal vez, al comienzo, un nuevo régimen tuviera los medios directos para influir sobre los ciudadanos en un sentido o en otro. Después de las elecciones de 1932 en Alemania, que llevaron a los nazis al gobierno, o tras elecciones de 1946 en Checoslovaquia, donde los comunistas lograron la victoria, el siguiente paso crucial fue la *obediencia anticipatoria*. Gracias a que en ambos casos un número suficiente de personas brindaron voluntariamente sus servicios a los nuevos líderes, tanto los nazis como los comunistas se dieron cuenta de que podían avanzar rápidamente hacia un cambio total de régimen. Y después ya resultó imposible revertir los primeros e irresponsables actos de conformidad”<sup>1</sup>.

La mayor parte de los alemanes o austriacos o los colaboracionistas de cualquier país... “supusieron lo que querían sus superiores y demostraron lo que se podía hacer. Era mucho más de lo que Hitler hubiera imaginado. Al principio, la obediencia anticipatoria significa adaptarse instintivamente, sin reflexionar, a una nueva situación”<sup>2</sup>. Esto es algo que ya demostró el experimento de Milgram, como dice Snyder, “Milgram comprendió que las personas son extraordinariamente receptivas a las nuevas normas en un nuevo escenario. Están sorprendentemente dispuestas a hacer daño y a matar a otros en aras de algún nuevo cometido si así se lo ordena una nueva autoridad”<sup>3</sup>.

*El gran error de la multitud* que observa con indiferencia o con excesiva confianza el devenir de los acontecimientos histórico-políticos es, al decir de Snyder, *creer que las instituciones se*

---

<sup>1</sup> Timothy Snyder, *Sobre la tiranía, Veinte lecciones que aprender del siglo XX*. Galaxia Gutenberg, 2017. p. 17.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 19.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 20.

*sostienen por si mismas*, por su propia lógica, o por los fundamentos democráticos que las sustentan. No, las instituciones hay que defenderlas una a una cada día.

Snyder saca las aplicaciones respecto a los populismos americanos, tras la victoria de Trump o la instalación en el poder de Putin o Maduro, y los radicalismos franceses, austriacos, de la derecha nacionalista, e ingleses con el Brexit.

“El error consiste en presuponer que los gobernantes que han accedido al poder a través de las instituciones no pueden modificar ni destruir esas mismas instituciones, -aunque eso sea exactamente lo que han anunciado que van a hacer-. A veces los revolucionarios sí pretenden destruir todas las instituciones simultáneamente, ese fue el enfoque de los bolcheviques rusos. A veces se priva a las instituciones de vitalidad y de funciones y se las convierte en un simulacro de lo que eran antaño, de modo que se ajustan al nuevo orden en vez de resistirse a él. Es lo que los nazis denominaban *Gleichschaltung* (coordinación). Hizo falta menos de un año para que se consolidará el nuevo orden nazi. A finales de 1933 Alemania ya se había convertido en un estado de partido único donde las instituciones más importantes habían sido doblegadas. En noviembre de aquel año las autoridades alemanas celebraron elecciones parlamentarias (sin oposición) y un referéndum (sobre el asunto del que todo el mundo sabía cuál era la respuesta “correcta”) para confirmar el nuevo orden”<sup>4</sup>.

Una vez hecho el análisis de los riesgos llega la propuesta de soluciones: al entender de Snyder, el hombre consciente de lo que está pasando tiene que *implicarse en cada elección, votar siempre*.

Citando al abolicionista Wendell Phillips... dice que “la vigilancia eterna es el precio de la libertad”, que “el maná de la libertad del pueblo debe recogerse cada día, porque si no se pudre”. La democracia debe ser defendida en todo momento porque su debilidad consiste en que otros, desde dentro, pueden aprovecharse de esa fragilidad para provocar su final.

“El protagonista de una novela de David Lodge dice que uno no sabe, cuando está haciendo el amor por última vez, que está haciendo el amor por última vez. Pues con el voto pasa lo mismo. Algunos alemanes que votaron al partido nazi en 1932 sin duda eran conscientes de que aquellas podrían ser las últimas elecciones sustancialmente libres durante algún tiempo, pero la mayoría no lo sabía. Probablemente una parte de los checos y eslovacos que votaron al Partido Comunista de Checoslovaquia en 1946 eran conscientes de que estaban votando a favor del final de la democracia, pero la mayoría suponía que habría otra oportunidad. No cabe duda de que los rusos que votaron en 1990 no pensaban que aquellas iban a ser las últimas elecciones libres y justas de la historia de su país, pero hasta ahora lo han sido. Cualquier convocatoria electoral puede ser la última, o por lo menos la última para el votante durante el resto de su vida [...] La lógica del sistema que idearon [los demócratas] servía para mitigar las consecuencias de nuestras imperfecciones reales, no para celebrar nuestra perfección imaginaria. Indudablemente nos enfrentamos, al igual que los antiguos griegos, al problema de la oligarquía, cada vez más amenazador a medida que la globalización incrementa las desigualdades económicas”<sup>5</sup>.

Los totalitarismos modernos, que usan las redes sociales, que mueven las masas creando enfrentamientos populares entre grupos de ciudadanos que se excluyen mutuamente, abusan

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, P. 24-25.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 32.

tras su llegada democrática al poder del derecho de legislar, utilizando la ley para cambiar las reglas de juego y perpetuarse en él con la buena intención de educarnos, de hacernos pensar como masa unánime, de curarnos de nuestra libertad malsana para pensar. Tratan de educarnos, tomar bajo su protección paternal nuestra vida privada en sus manos para conducirnos a la verdad que ostentan en exclusiva.

Snyder nos recuerda lo que decía Hannah Arendt sobre el totalitarismo: “totalitarismo no era un Estado todo poderoso, sino la desaparición de la diferencia entre vida privada y vida pública. Somos libres únicamente en la medida que ejercemos control sobre lo que la gente sabe de nosotros, y de las circunstancias en que llega a saberlo”<sup>6</sup>.

Esta pérdida de control es el proceso por el que la sociedad se convierte en turba, es algo que anticipó Arendt, y que desarrolla Girard, ampliamente citado por Snyder en su primer libro: el individuo pierde su individualidad cuando es convertido en masa mimética. En ese momento se convierte en la persona más susceptible de ser manipulada.

La sensibilidad de Snyder por el empoderamiento de los ciudadanos de sus derechos y garantías de libertad conculcadas por las nuevas formas -aparentemente democráticas- de manipulación, viene de la toma de conciencia de un historiador que ha investigado exhaustivamente los orígenes de los totalitarismos del siglo XX. No cree que la historia se repita, pero sí que adopte formas más sutiles de opresión y manipulación que acaban en los mismos crímenes y abusos que los que nos precedieron.

Otra de las propuestas de Snyder es que, si “todos los grandes enemigos de la libertad fueron hostiles a las organizaciones no gubernamentales, a las instituciones benéficas y cosas por el estilo”, lo que hay que hacer es crearlas y participar activamente en ellas. Sigue diciendo: “Los comunistas exigían que todos los grupos de este tipo estuvieran registrados oficialmente, y los convertían en instituciones de control. Los fascistas crearon lo que denominaban un sistema “corporativo”, donde todas y cada una de las actividades humanas tenían asignado su lugar correspondiente, subordinado al partido y al estado. Los autoritarios de hoy (en la India, Turquía y Rusia) también son sumamente alérgicos a la idea de las asociaciones libres y las organizaciones no gubernamentales”<sup>7</sup>.

Aunque el libro, poco a poco, se va convirtiendo en una advertencia alarmada respecto a la deriva antidemocrática que ha tomado el gobierno actual de los Estados Unidos con la llegada de Trump, y por momentos deja entrever una cierta defensa de la democracia del lado de los demócratas, la crítica adquiere dimensiones universalistas, más allá de los partidos y de las naciones. Se intuye una crítica general de toda tiranía en todos los contextos y situaciones. El capítulo 17 es ejemplar en este sentido. Nos advierte de la necesidad de estar alerta ante el lenguaje patriotero, y ante los conceptos de emergencia y excepción que tanto agradan a los tiranos.

“El más inteligente de los nazis, el teórico jurídico Carl Schmitt, explicaba en términos claros la esencia de la forma de gobernar del fascismo. El modo de destruir todas las normas, explicaba, era centrarse en la idea de *excepción*... y después transformando el estado de excepción en una emergencia permanente. Entonces los ciudadanos sacrifican su libertad real en aras de una falsa seguridad. Hoy en día, cuando los políticos invocan el terrorismo, están hablando, por supuesto, de un peligro real. Pero cuando intentan acostumbrarnos a sacrificar la libertad en nombre de

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 106

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 112-113

la seguridad, tenemos que ponernos en guardia... Es cierto que a veces se consigue una a base de perder la otra, pero a veces no es así. Normalmente quienes aseguran que *sólo* se puede conseguir más seguridad a costa de la libertad están intentando negarnos ambas cosas. No cabe duda de que es posible sacrificar la libertad sin por ello gozar de mayor seguridad”<sup>8</sup>. Pero también que protegiéndonos de una sacrificando la otra, a veces solo pone en evidencia que hemos aceptado sumisamente un extremismo nuevo, una tiranía de otro tipo. No la del grupo extremista del que se nos quiere proteger sino la tiranía del Estado que nos coarta la libertad diciéndonos que así nos protege.

La aplicabilidad de esta idea al victimismo nacionalista que nos asola, y la lectura tergiversada de la historia es palmaria.

A veces Snyder se vuelve pesimista y apocalíptico, y con un tono moralista, como de gato escaldado por su experiencia personal (como judío sufriente) y como historiador, pero no sin ciertas dosis de espeluznante veracidad en sus afirmaciones, nos dice asertivamente así: “la tiranía moderna es la gestión del terror. Cuando se produce un ataque terrorista, recuerda que los autoritarios se aprovechan de esos sucesos para consolidar su poder. El desastre repentino que exige poner fin a los frenos y contrapesos, la disolución de los partidos de oposición, la suspensión de la libertad de expresión, el derecho a un juicio justo, etcétera es el truco más viejo del manual hitleriano. No te dejes engañar”<sup>9</sup>.

Así nos relata las consecuencias del incendio del Reichstag. A partir de ese momento Hitler se vio legitimado para no tener piedad con todo aquel que se interpusiera en sus proyectos. Da lo mismo quién fuese el autor de ese atentado, se convirtió en motivo de justificación de todas las purgas que vinieron después. Se puso en marcha la política de emergencia y se suspendieron, al día siguiente, todos los derechos básicos de los ciudadanos. Y se convirtió en el punto de partida para que en las siguientes elecciones Hitler las ganara ampliamente. Es el mismo caso que la llegada de Putin al poder, según nos cuenta Snyder. Nos hace memoria de los sucesos que sirvieron para que Putin implantara un estado de excepción y de emergencia tras los atentados terroristas en el teatro de Moscú, que hizo que Putin tomara el control de todas las televisiones privadas de Rusia, haciendo limpieza de la policía secreta estatal a su gusto y conveniencia, y el atentado (anunciado antes de que sucediera por Putin) que justificó la represalia en Chechenia, etc.

Con una sentenciosa frase nos resume una exposición preclara de los últimos acontecimientos en Europa de carácter terrorista: “la lección del incendio del Reichstag consiste en que un momento de conmoción hace posible una eternidad de sumisión”<sup>10</sup>.

En este contexto de análisis histórico de las diferentes formas de sumisión al terror del estado justificado en aras de salvarnos de males mayores, arremete contra una de las principales amenazas que según él acecha a la democracia y a la libertad, el nacionalismo: “Un nacionalista nos anima a ser la peor versión de nosotros mismos, y después nos dice que somos los mejores. Un nacionalista, ‘aunque esté permanentemente rumiando sobre el poder, la victoria, la derrota, la venganza’, como dijo Orwell, ‘tiende a no sentir el mínimo interés por lo que ocurre en el mundo real’. El nacionalismo es relativista, dado que la única verdad es el resentimiento

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 124.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 128.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 134.

que sentimos cuando contemplamos a los demás. Como decía el novelista Danilo Kis, el nacionalismo no tiene unos valores universales ni estéticos ni éticos”<sup>11</sup>.

Por último, en un intento de desenmascarar el futuro prometedor que esconden todas las teorías políticas de salvación, nos habla de dos conceptos que no son novedosos en filosofía política pero que resultan pertinentes para comprender lo que está sucediendo a la luz de lo que aconteció tiempo atrás: la política de la inevitabilidad y la de la eternidad.

“Hasta hace poco, nos habríamos convencido nosotros mismos de que el futuro no habría sido más de lo mismo. Los traumas aparentemente lejanos del fascismo, el nazismo y el comunismo parecían estar retrocediendo hasta volverse insignificantes. Nos permitimos el lujo de aceptar la *política de la inevitabilidad*, la sensación de que la historia solo podía avanzar en una dirección: hacia la democracia liberal. En 1989-1991 cuando tocó a su fin el comunismo en Europa Oriental nos tragamos el mito de un final de la historia. Al hacerlo bajamos las defensas, limitamos nuestra imaginación, y dejamos la puerta abierta justamente al tipo de regímenes que nos decíamos que no podrían volver jamás. Y, por cierto, la política de la inevitabilidad parece, a primera vista, una especie de historia. Los políticos de lo inevitable no niegan que existe un pasado, un presente y un futuro<sup>12</sup>[...] “Incluso admiten la vistosa variedad del pasado lejano. Sin embargo, pintan el presente simplemente como un paso hacia el futuro que ya conocemos, un futuro de expansión de la globalización, de profundización de la razón y de una prosperidad cada vez mayor. Es lo que se denomina una teleología: una narración del tiempo que conduce a una meta cierta y a menudo deseable. El comunismo también ofrecía una teleología ya que prometía una utopía socialista inevitable. Cuando esa historia quedó hecha añicos hace 25 años, nosotros sacamos una conclusión equivocada. En vez de rechazar la teleología, nos imaginamos que nuestro propio cuento era verdad. La política de la inevitabilidad es un coma intelectual autoinducido. Mientras existe una pugna entre los sistemas comunista y capitalista, y mientras siguió vivo el recuerdo del fascismo y el nazismo, tuvimos que prestar algo de atención a la historia y conservar los conceptos que nos permitían imaginar futuros alternativos. Sin embargo, una vez que aceptamos la *política de la inevitabilidad*, dimos por supuesto que la historia ya no era relevante. Si todo lo ocurrido en el pasado se rige por una tendencia conocida, no hay ninguna necesidad de enterarse de los detalles. La aceptación de la inevitabilidad provocó que al hablar de política en el siglo XXI nuestro lenguaje se apartara de la realidad. Ahogaba el debate sobre las políticas y tendía a generar sistemas de partido, donde un partido político defendía el *statu quo* mientras que otro planteaba una negación total. Aprendimos a decir que no había *alternativa al orden básico* de las cosas, una sensibilidad que el teórico político lituano Leonidas Donskis calificaba de “maldad líquida”. Una vez que se dio por sentada la inevitabilidad, efectivamente la crítica resultaba complicada. Lo que parecía ser un análisis crítico, a menudo suponía que en realidad el *statu quo* no podía cambiar, y, por consiguiente, de forma indirecta, lo reafirmaba<sup>13</sup>”.

“La segunda modalidad antihistórica de considerar el pasado es la *política de la eternidad*. Al igual que la política de la inevitabilidad, la *política de la eternidad* lleva a cabo una mascarada de la historia, aunque diferente. Se ocupa del pasado, pero ensimismadamente, libre de cualquier preocupación real por los hechos. Su actitud es de añoranza de unos momentos pasados que realmente nunca existieron durante unas épocas que, a decir verdad, fueron desastrosas. Los políticos de la eternidad nos presentan el pasado como un enorme patio

---

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 139.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 144.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, 144-145.

brumoso, repleto de monumentos ilegibles a la condición de víctima de la Nación, todos ellos igualmente distantes del presente, todos ellos igualmente susceptibles de manipulación. Cualquier referencia al pasado parece implicar un ataque de algún enemigo exterior contra la pureza de la Nación. Los populistas nacionales son políticos de la eternidad”<sup>14</sup>.

Aquí Snyder va de la mano de los grandes historiadores y literatos que se han opuesto a esas políticas de salvación, o como él llama de eternidad jugándose la vida: Havel, Patoska, Orwell, Valesa... Estos desenmascaradores del mito nos advirtieron de que las utopías sólo llenan la tierra de cadáveres. De que la creación inventada de un enemigo externo o interno justifica la acción inmoral del gobernante. De que el continuo revivir nostálgico del pasado inventado nos permite justificar la ciclotimia del victimismo sin dar solución a los problemas verdaderos del presente. Y, lo que es más escandaloso, se busca un hecho luctuoso que pruebe la tesis a posteriori.

“En la política de la eternidad, la seducción de un pasado mitificado nos impide pensar en posibles futuros. La costumbre de hacer hincapié en la condición de víctimas embota el impulso de autocorrección. Dado que la Nación se define por sus virtudes intrínsecas y no por su potencial de futuro, la política acaba convirtiéndose en una discusión sobre el bien y el mal en vez de un debate sobre las posibles soluciones a los problemas reales. Dado que la crisis es permanente, la sensación de emergencia siempre está presente; hacer planes para el futuro parece imposible, y hasta desleal. ¿Cómo podemos siquiera hablar de reformas cuando el enemigo está permanentemente a las puertas? Si la política de la inevitabilidad es como un coma, la política de la eternidad es como una hipnosis: nos quedamos mirando la espiral del mito cíclico mientras da vueltas y vueltas hasta que caemos en trance y entonces hacemos algo espeluznante porque alguien nos lo ordena”<sup>15</sup>.

Estos y otros peligros nos alumbró Snyder, que nos habla de la necesidad de enseñar la historia verdadera a las jóvenes generaciones, para que no acepten la inevitabilidad y para que asuman la responsabilidad de aprender del pasado y sin proyectar utopías hacia la eternidad. Todavía la historia se puede convertir en lección para extraer pautas, sacar conclusiones, esbozar nuevas estructuras donde encontrar la libertad.

Citando a Hamlet, nos anima a asumir el riesgo de tomar decisiones, de participar en la vida pública, de no retraernos ante el mal como lo inevitable, y saber que somos responsables de lo que nos pase. “Los tiempos están dislocados, ¡en mala hora nací para poder deshacer estos yerros!” pero tras el lamento, Snyder termina diciendo la última frase: “No, venid, vamos todos”, como un motor de esperanza.

---

<sup>14</sup> Ibid., p.146-147.

<sup>15</sup> Ibid., p. 148.